

Relación del naufragio de la fragata *Soberana* en la costa de Taiwán

El Clamor Público, nº. 800, 29 de marzo de 1863, pág. 2

Este documento ha sido digitalizado e incluido en el ARCHIVO CHINA-ESPAÑA por el Grupo de investigación ALTER. Crisis, Otherness and Representation (w.uoc.edu/alter) de la Universitat Oberta de Catalunya en el marco del proyecto ref.: MICINN HAR2012-34823.

La fraga *Soberana*, perteneciente a la matrícula de Santander y que se dirigía a Manila, naufragó en la noche del 30 de diciembre [de 1863] en las costas de China [en realidad, en Linkou, Taipei], si bien con la fortuna de no haber perecido ninguno de los individuos que se hallaban a bordo.

En la siguiente relación, escrita en Amoy el 9 de enero por uno de los pasajeros de la *Soberana*, hallarán nuestros lectores minuciosos detalles sobre aquel siniestro, y sobre la infame conducta que observaron los chinos con la tripulación y con los pasajeros de la fragata.

Dice así:

«Salimos de Toosund, boca de la ría de Shanghai, con destino a Manila el 28 de diciembre, y seguimos navegando con viento bonancible hasta el siguiente día, que refrescó bastante con mucha cerrazón. Continuamos navegando a pasar por el Oeste de las Islas Pescadoras, con viento fuerte y todo cerrado y mucha vigilancia por tales causas, cuando a las dos de la noche del 30 un gran golpe que dio el buque nos hizo conocer que estábamos varados y entre rompientes, sin poder distinguir absolutamente nada a una braza del costado.

La niebla era espesa; hicimos todas las diligencias posibles con el aparejo para poder sacar el buque, pero nuestros esfuerzos fueron vanos, impotentes. Grandes golpes de mar entraban en el buque y no sabíamos de fijo donde nos encontrábamos aun cuando creíamos estar más cerca de la costa de China que de la Isla Formosa. A causa de los grandes golpes que daba el buque se iba abriendo, y temiendo no se hiciera pedazos, picaron al momento los palos y conseguimos que la fragata se mantuviera quieta, y aunque con agua hasta los haos vacíos, pudimos sostenernos hasta el amanecer para conseguir nuestra salvación. ¡Qué largas son las horas de la noche cuando uno tiene su vida en peligro! Hicimos los preparativos con los botes, pero como éramos 21 personas a bordo y no sabíamos a qué distancia de tierra nos hallábamos, determinamos esperar hasta rayar el día. Por fin amaneció el último día del año 62, y, ¿cuál sería nuestra alegría cuando vimos que nos hallábamos como a unos 30 o 40 brazas de la tierra.

Ya entonces nos considerábamos salvos, pues aunque rompía la mar entre el buque y la costa, por medio de un cabo creímos poder salir a tierra, para cuyo efecto se echó un bote al agua y se embarcaron en él el contra maestre y dos marineros, pero un golpe de mar hizo zozobrar el bote, despedazándolo por

completo. Con bastante trabajo, recogimos la gente y volvimos a preparar el segundo bote, al que iba atado un cabo, para que, varando aquel en la playa, lo tesásemos y fuésemos por é a tierra; pero sucedió lo mismo que con el primero. Arrojamós después el salvavidas, pero este, como no cogía bastante ventola, la resaca lo volvía hacia atrás: volvimos a echar una pipa, y por fin esta llegó a tierra muy pronto. En aquel momento se presentaron en la playa más de dos mil chinos gritando desaforadamente; parecían demonios; apenas llegó la pipa a tierra picaron el cabo y creyendo había algo en ella, se la llevaron; entonces conocimos que nos hallábamós entre ladrones salvajes y que nuestras vidas peligraban más que en el mar; pero viendo que por ambos lados nos amagaba la muerte, nos animamos a tomar tierra, que es todo lo que desea un náufrago.

Volvimos a echar el chicote con un gallinero, y este también llegó a tierra: al instante le agarraron y le pusieron muy tieso, pero no por salvar nuestras vidas sino para embarcarse ellos: así es, que en menos de cinco minutos se hallaban a bordo más de cien chinos con puñales en mano. Entraron en la cámara y empezó un saqueo general; todas las cajas y fardos que encontraban los rompían con sus machetes, o los llevaban a tierra: todos nuestros papeles, libros e instrumentos, que no tenían ningún valor para ellos, los arrojaban al agua. Empezaron a registrarnos y nos quitaron el dinero que teníamos. El capitán repartió el suyo entre dos pilotos, el contra maestre y el carpintero; pero fue inútil, porque todo se lo quitaron. Después nos amenazaron privarnos de la vida si no salíamos a tierra: la tripulación india de la fragata se negó porqué creían les iban a asesinar. El contra maestre fue el primero que salió, y aun no había llegado, cuando le agarraron y le quitaron toda la ropa, dejándolo solo con los calzoncillos.

El capitán mandó un chino pasajero para suplicarles que no les quitaran la ropa, porque hacía mucho frío, pero apenas llegó a tierra cuando le dejaron también a él totalmente en cueros. En seguida salió el piloto, y a este lo agarraron aun antes de llegar a tierra, y queriendo quitarle entre todos la ropa, lo traían metido en el agua hasta que en jirones lograron arrancarle cuanto le cubría, dejándole solo con la ropa interior; pero como observaron que en la cintura tenía un bulto, uno de los chinos con su puñal se lo arrancó, causándole al mismo tiempo una herida en la cintura; la cartera de ese infeliz contenía su nombramiento y el del tercero y contra maestre. Después todos tuvimos que salir de a bordo, porque los chinos empezaron a puñaladas entre sí, y algunos nos acometieron a todos al salir del modo más cruel e inhumano. No tengo palabras suficientes para poder referir las tropelías que cometieron con nosotros; después que se cansaron nos reunieron a todos, y trataban de llevarnos al interior; pero el capitán, en vista de que faltaban siete individuos de la tripulación, reclamó la gente que faltaba, y no quería marcharse si no le traían los que echaba de menos.

Por fin pudo hacer que le trajesen cuatro hombres, diciéndoles que al día siguiente presentarían los otros tres. Acto continuo nos condujeron al interior unos en cueros y otros solo con calzoncillos, lloviendo, con un frío grandísimo, llenos de lodo, y al cabo de una buena caminata se presentó un chino, a quien le

había conocido otro chino pasajero el año pasado en Amoy. Este, sin duda queriendo sacar de nosotros todo lo que podía, nos llevó a su casa, donde nos albergamos muertos de frío. Al día siguiente el capitán hizo diligencias para encontrar los otros tres individuos; por fin les hallamos, pero pedían 300 pesos por el rescate de cada uno. Lo primero era sacar a los infelices de manos de aquellos bárbaros, y el capitán ofreció 400. El dueño de la casa se comprometió a adelantarnos si el capitán daba un papel para que pagara el cónsul de Amoy. En fin, con esto pudimos rescatar nuestros tres hombres, y el día 4 de enero salimos para la población de Tamsui, donde nos presentamos al señor cónsul inglés, quien nos prodigó los socorros más perentorios.

Sabido es también que en esas mismas playas se perdió un mes antes una fragata inglesa *Lucky Star*, que salió de Shanghai con destino a Hong Kong y sus habitantes piratas trataron de [ilegible] su esposa, a un niño, y demás de la tripulación cruelmente, dejándoles a todos desnudos y exigieron 1.000 pesos por cada uno en calidad de rescate o salvamento, pero afortunadamente un buque de guerra inglés que se hallaba en Amoy, les socorrió.

Lástima que no tengamos un agente español en aquellas cercanías para que castigase con energía semejantes atropellamientos y bárbaras tropelías.

El haberse salvado la tripulación de la Soberana parece haber sido debido a la templanza, energía y buenas disposiciones del capitán Olano, que merece toda clase de elogios y consideraciones, pues no abandonó a su gente ni un instante hasta su llegada a Amoy, en donde el cónsul de España nos ha auxiliado con ropa y cuanto necesitábamos.»